

CA



PI

TU

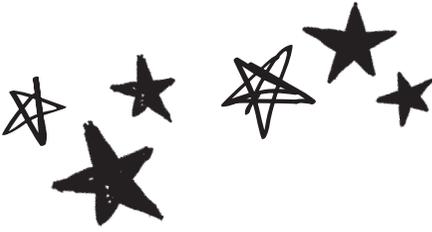


LO



11





Ha empezado noviembre, y hace tanto fresco que no tengo calor con la bata que llevo sobre la camiseta y los jeans. Pero sigo con las mejillas encendidas, nerviosa, mientras camino hacia la puerta de entrada de East Rockport High. De camino a la escuela, me detuve cuando faltaba media cuadra para ponerme la bata encima de la ropa y quitármela inmediatamente después. Di unos pasos más y al final me detuve para volver a ponérmela. Ahora que estoy cada vez más cerca de entrar a la escuela así vestida, tengo que resistirme al impulso de quitarme la bata otra vez.

A medida que me acerco a la escuela, observo a los grupos de estudiantes que están enfrente del edificio para ver si yo soy la única que parece haber olvidado cambiarse. El corazón

se me sube a la garganta. Miro de izquierda a derecha y veo jeans, faldas, jeans, faldas y después, gracias a Dios, veo un círculo apretado de chicas, que estarán en segundo año, todas con batas de baño sobre la ropa. No dejan de mirar por encima de los hombros, como si estuvieran buscando a alguien más que se haya vestido como ellas.

Mi corazón vuelve a su lugar. Exhalo. Quiero pasar junto a ellas para que me vean y sepan que no están solas, pero justo en ese momento siento que alguien se choca contra mi hombro izquierdo.

–¡Lo hiciste!

Es Lucy, que no solo se puso una bata de baño abultada de color rosa que la hace ver como un algodón de azúcar, sino también unas pantuflas de peluche rosa que hacen juego.

–Ay, por Dios, te ves increíble –digo yo, y Lucy sonrío y se encoge de hombros como si ya lo supiera.

–Vi que había otras chicas con batas en la entrada del gimnasio –me cuenta ella–. Creo que ya hay más chicas con batas que las que se dibujaron corazones y estrellas –estudia los alrededores con cuidado–. Me gustaría saber quiénes son las chicas Moxie. O sea, tienen que estar por aquí.

La ironía es tal que no puedo simular una expresión neutral, así que solo empujo a Lucy hacia delante para no tener que hacer contacto visual. Entrando a la escuela, saludamos con la mano a algunas chicas más que tienen puestas batas. Veo a Kiera Daniels, que tiene pantuflas de peluche como Lucy, solo que su conjunto es de color lavanda. Kiera y yo nos

saludamos con la mano. Más de la mitad de las chicas que la acompañan están usando batas.

Adentro, de lo único que se habla es de las batas de baño. Oigo a unos chicos que se preguntan qué está pasando y algunas personas que hablan de “el boletín ese”. *Es un fanzine, pero bueno*, pienso yo mientras me dirijo a la clase de Historia. Lucy dice que nos vemos en Lengua y nos separamos.

Cuando entro al salón de clases, veo a Claudia en la última fila. No tiene bata, solo jeans y una camiseta de color rosa pálido. Me saluda con la mano cuando me ve entrar.

–Hola –digo yo, sentándome en el pupitre de al lado.

–Hola –responde ella, y es más que evidente que ninguna de las dos va a mencionar el tema. Estoy decepcionada por el hecho de que ella no se haya puesto la bata, y es probable que ella esté decepcionada por la razón opuesta.

–Qué cansada estoy –dice Claudia, soltando un pequeño bostezo. La situación se siente forzada y rara, y eso no nos pasa casi nunca.

–Sí, yo también estoy cansada –respondo–. No dormí muy bien anoche –lo que digo es verdad. Pasé gran parte de la noche semidormida, oyendo canciones de Bikini Kill en la cabeza e imaginando a un ejército de chicas en bata, con los rulos puestos y empuñando secadores de pelo cual armas.

Justo en ese momento, entra Sara en el aula, y el corazón me da un vuelco cuando veo que lleva puesta la bata de baño azul oscuro con margaritas que ha tenido desde los doce años.

–¡Lo hiciste! –exclamo con una sonrisa. No miro a Claudia

porque no hace falta. Casi se puede palpar la desconexión que hay entre nosotras.

–Me decidí a último minuto –dice Sara–. Kaitlyn también lo hizo, pero Meg no.

Claudia tose un poco y suena el timbre. La profesora Robbins entra al salón con una pila de papeles. Sin dudas, será algún “organizador gráfico” entumecedor de cerebros para que completemos con nuestro libro de texto mientras ella mira la pantalla de su computadora. Al apoyar los papeles en el escritorio, nos mira por primera vez y abre los ojos de pronto, como si al fin estuviera despierta.

–¿Qué está pasando aquí?

Además de Sara y de mí, hay al menos cinco chicas más en la clase que tienen puestas batas de baño. Se oyen risas ahogadas ante la pregunta de la profesora Robbins, pero nadie dice nada. Mantengo la vista fija en mi cuaderno, contenta de estar en la última fila.

Cuando nadie responde la pregunta de la profesora, ella da un paso hacia nosotros y observa detenidamente.

–¿Son... batas de baño? ¿Ninguna se cambió esta mañana?

Más risas. Kate McGowan, sentada en la primera fila, esboza una amplia sonrisa. Tiene puesta una bata espantosa con cuadros escoceses que será de su padre, hermano mayor o algo así.

–¿Le parece gracioso, señorita McGowan? –pregunta la profesora–. Sáquese esa bata ridícula al instante.

–Sí, claro, no hay problema –responde Kate.

Kate siempre ha sido algo atrevida y les contesta a los profesores cuando no la dejan ir al baño o a beber agua. No sé si solo se habrá puesto la bata para causar problemas o si en verdad piensa que las normas de vestimenta son una porquería. Pero entonces se baja la bata hasta la cintura.

Debajo, Kate lleva un sujetador de bikini rojo furioso.

–¡Señorita McGowan! –grita la profesora, apenas perceptible entre los silbidos y las exclamaciones ahogadas de mis compañeros.

–Verá, profesora Robbins –dice Kate, como si fuera incapaz de hacer algo malo–, no estaba segura de si respetaba las normas de vestimenta de East Rockport porque son tan extrañas y poco claras, ¿sabe? Así que no quise correr riesgos y me cubrí con esta bata para no distraer a ninguno de nuestros queridísimos estudiantes varones.

Todos en la clase estallan de risa y, por supuesto, la profesora no tiene más remedio que pedirle a Kate que vuelva a ponerse la bata. Para cuando nos calmamos todos, la cara de la profesora está tan roja como la parte de arriba de la bikini de Kate. Aprieta fuerte los labios y reparte los organizadores gráficos, golpeando el de Kate contra su pupitre, y después ordena que trabajemos solos y en silencio.

Mientras completo el ejercicio sin sentido ni propósito alguno, no dejo de pensar en el Manifiesto Riot Grrrl que estaba en el fanzine de mamá. Decía que las mujeres constituyen una fuerza revolucionaria que puede cambiar en verdad el mundo. Mi pecho siente la presión de algo que da miedo

y satisfacción al mismo tiempo. Me imagino corriendo hacia Kate McGowan después de clase para decirle lo genial que es. El impulso es tan fuerte que quizás lo haga en serio.

Pero en este momento, hay algo que sí puedo hacer. En lápiz, en la esquina inferior derecha de mi pupitre, escribo con esmero las palabras LAS CHICAS MOXIE DAN PELEA. Las letras no miden más de un centímetro, pero las remarco una y otra vez hasta que el lápiz se queda sin punta. Cuando suena el timbre, sonrío con aprobación ante mi obra.

Espero que en la segunda hora se sienta una chica en este pupitre.



A lo largo de todo el día, se ven chicas en bata caminando por East Rockport. Me cuentan que están obligando a algunas a quitársela en clase, pero se la vuelven a poner cuando salen al pasillo. En la clase de Lengua, Lucy me dice que cuando el profesor de Química le preguntó por la bata, ella siguió las instrucciones de *Moxie*.

—Solo le dije que quería asegurarme de respetar las normas de vestimenta y que no quería tentar a ningún chico —explica Lucy, con aire triunfante—. El profesor Carlson estaba confundidísimo. Fue muy gracioso —se inclina por encima del respaldo mientras gira para hablarme—. ¿Y sabes qué? Estoy casi segura de que algunas chicas trajeron la bata a la

escuela y la escondieron en los casilleros hasta que se dieron cuenta de que no eran las únicas. Creo que ahora somos el doble de las chicas que había esta mañana.

Creo que Lucy tiene razón sobre el hecho de que algunas se sumaron más tarde, pero no sé si seremos el doble. Las chicas con bata siguen siendo una minoría. Pero no una minoría ínfima. Podría llegar a ser el 30 o el 40 por ciento de las chicas de la escuela. Y no se trata de un solo tipo de chicas, son de todas clases: deportistas populares, chicas escandalosas, chicas que figuran en el anuario, chicas calladas, chicas negras, chicas blancas y chicas morenas.

Excepto Emma Johnson. Esa chica no. Entra al salón un minuto antes de que suene el timbre, se sienta, se corre el pelo por encima del hombro con su gesto característico, y acomoda los bolígrafos y el cuaderno en su pupitre. Lleva puesto un abrigo con capucha de un blanco deslumbrante que tiene en la espalda la frase ANIMADORAS DE EAST ROCKPORT estampada en naranja fuerte. Cuando entra Mitchell, se detiene junto al pupitre de ella y se inclina apoyando su manota, que me recuerda un trozo de jamón.

–¿No te sumaste a la brigada de las batas? –pregunta Mitchell.

*Guau, Mitchell Wilson sabe usar la palabra brigada. Increíble.*

–No –responde Emma, levantando sus ojos perfectamente maquillados para mirar a Mitchell–. Para ser honesta, no sé si lo entiendo.

*Claro que no lo entiendes. A ti nunca te agarrarían por no*

*respetar las normas de vestimenta porque el director Wilson sabe que su hijo está caliente contigo, así que estás protegida, digamos.*

Al instante, me siento mal por pensar eso. Emma es preciosa y recatada y todas esas cosas que yo no soy, pero nunca ha tratado mal a nadie. En todo caso, pareciera que no es como los demás. Es como si en realidad fuera una actriz de veinticinco años que interpreta a una chica de dieciséis en un programa de televisión sobre la secundaria.

–Bueno, me alegro de que no te hayas puesto una bata –dice Mitchell arqueando una ceja–, porque sería una lástima que te tapes.

*Uf, qué ganas de vomitar.*

Emma se ruboriza un poquito pero sonrío con cuidado, después se vuelve a correr el pelo por encima del hombro. Suena el timbre y Seth entra corriendo detrás del profesor Davies, quien se pone a hablar de que hay que llegar a tiempo.

–Perdón –dice Seth a la vez que se sienta, y mis tímpanos se derriten un poco con el sonido de su voz.

El profesor Davies termina separándonos en grupos para comentar las preguntas de comprensión del cuento que se suponía que teníamos que leer de tarea. De milagro, quedo en el mismo grupo que Seth, y cuando estamos en medio del difícil proceso de formar un círculo con nuestros pupitres, él me mira.

–Linda bata –me dice.

–Gracias –respondo, obligándome a no ruborizarme.

Mientras comentamos las preguntas que el profesor Davies

ha escrito en el pizarrón, pienso que Seth es muy listo. El cuento se llama “La lotería”, de Shirley Jackson, y yo ya lo había leído una vez porque mamá me dijo que era su cuento preferido. Todos en el grupo comentan lo retorcido que es, pero Seth dice que esa es la idea.

–La idea es darse cuenta de que solo porque algo es tradición, no quiere decir que sea bueno –explica él.

Me muerdo el labio inferior. Yo nunca hablo en estas cosas, pero quiero que Seth sepa que yo también soy lista.

–Sin embargo, hay gente que piensa que la tradición es algo bueno –opino, garabateando un circulito una y otra vez en la esquina de mi papel, sin levantar la vista–. Hay quienes dirían que la tradición es parte de lo que nos mantiene unidos, sabes, de lo que nos hace una comunidad.

El grupo se queda callado por una milésima de segundo y entonces un chico, Peter Pratt, se deja caer en su pupitre y suspira.

–¿A quién carajo le importa? –dice–. Yo solo quiero que suene el timbre para ir a almorzar.

Las mejillas se me encienden. Me miro la bata turquesa.

–Supongo que a mí sí me importa –respondo–. Es un cuento que te hace pensar, nada más –siento que estoy a punto de prenderme fuego espontáneamente por la vergüenza que me da al haber dicho eso, pero por alguna razón, no muero.

Cuando vuelvo a levantar los ojos, Peter Pratt se encoge de hombros y bosteza. Pero Seth me mira y sonrío. Yo le sonrío a él. Mis mejillas siguen encendidas, pero por otro motivo.

Durante el almuerzo en la cafetería, mis amigas y yo comentamos cuántas chicas llevan batas, pero Claudia no dice mucho. Ella solo bebe su Coca Cola Diet a sorbos y escucha con el rostro inmóvil mientras Lucy habla y habla de todas las chicas que conoce que vinieron en bata a la escuela.

Al final del día, encuentro a Claudia en su casillero, revolviendo las carpetas para tomar las que tiene que llevarse a su casa.

–¿Quieres volver a casa conmigo? –pregunto.

–Sí, claro –responde Claudia, que cierra con cuidado la puerta de su casillero.

Quiero que las cosas estén bien entre nosotras. Como ofrenda de paz, me quito la bata y la meto en la mochila. Después de todo, ya terminaron las clases de hoy. Claudia y yo salimos por la puerta lateral y nos dirigimos a casa.

–Hace un día hermoso –dice ella.

–Sí –respondo yo. La verdad que está hermoso. Es una tarde preciosa de principios de noviembre, al fin se ha ido el calor del verano de Texas. El sol de otoño (al menos del otoño que nos toca en este estado) se siente bien en la nuca y en los brazos, mientras Claudia y yo caminamos con paso cansino por la acera.

–¿Sabes qué? –dice Claudia.

–¿Qué?

–Hoy no agarraron a ninguna chica por su ropa en mis clases. ¿Y en las tuyas?

–No –respondo con una sonrisa–. A ninguna.

–Entonces quizás funcionó –dice Claudia–. Quizás hiciste bien en ponerte la bata, y yo fui una cobarde por no hacerlo.

–No –respondo, negando con la cabeza–. No, no es así –aunque creo que tal vez sí, un poco.

–No sé –continúa Claudia–. Quizás es que tenía miedo de meterme en problemas.

–Quizás hay cosas por las que vale la pena meterse en problemas –señalo.

–Quizás –responde Claudia. Noto que quiere decir algo más, pero está pensando en cómo decirlo. Al final, sus palabras salen de pronto–. No sé si hubieras hecho esto de la bata antes de que viniera Lucy.

Su comentario duele, y por un segundo quiero decirle que yo soy la que hizo *Moxie*. Pero solo me encojo de hombros.

–Creo que lo hubiera hecho igual, en serio –respondo–. Pero piensa lo que quieras –una vez dichas, mis palabras suenan duras. No suelo hablarle así a mi mejor amiga.

–Olvidalo –dice Claudia–. Haz de cuenta que no dije nada.

–Bueno, no nos preocupemos por eso. De todas formas, ya pasó –respondo.

La casa de Claudia se asoma por la izquierda. *Sé buena, sé buena, sé buena*. Busco algo trivial de qué hablar, de unas tareas que nos dieron, para mejorar el clima antes de despedirnos. Cuando llegamos a la entrada de su casa, ella inclina su cabeza contra mi hombro. Yo inclino la mía hacia el suyo, y huelo su champú con aroma a fresas.

–¿Hablamos después? –me pregunta.

–Por supuesto –respondo. Pero al alejarme de la casa de Claudia, tomo mi teléfono para mandarle un texto a Lucy.

Escribo: ¿En tus clases se llevaron a alguna chica por su ropa?

Momentos después, ella responde.

¡¡¡¡¡¡¡¡No!!!!!!! ¡Ni a una!

No puedo creer que haya funcionado

Sí, ¿no? Es buenísimo

Me detengo debajo de un pacano enorme y sonrío mientras miro mi teléfono y escribo un mensaje más.

¡¡¡¡¡¡LAS CHICAS MOXIE DAN PELEA!!!!!! Y, de regalo, agrego unos emojis de corazones.

Lucy responde enseguida.

¡¡¡¡¡LAS CHICAS MOXIE VENCEREMOS!!!!!

Leo el texto y me río en voz alta, parada en medio de la acera.

